

---

**Noah Yuval HARARI**, *Homo Deus: Breve historia del mañana*, Barcelona: Debate, 2016, 496 pp., 15 x 23, ISBN 978-84-9992671-1.

En 2011 Noah Yuval Harari, profesor de Historia medieval de la Universidad Hebrea de Jerusalén, saltó a la fama con *Sapiens. De animales a dioses: Una breve historia de la humanidad*. Uno de los éxitos del libro fue que el autor consiguió comprimir en él 70.000 años de historia de la humanidad. Además, por si eso fuera poco, la narración histórica se conjugaba con los datos neurocientíficos más actuales para mostrar cómo el ser humano había llegado a ser la cúspide de la evolución. Todo ello, en un tono semidivulgativo, le acarreó la fortuna de vender más de un millón de ejemplares y ser traducido a 30 idiomas.

Tras atreverse con el pasado, Harari retoma su recorrido para pronosticar los caminos del futuro. *Homo Deus: Breve historia del mañana* (2016) combina con gran maestría narración histórica, explicación científica y ensayo sociológico, al tiempo que condensa las principales tesis del transhumanismo en la actualidad y aventura el panorama mundial que puede generar esta ideología. Dividido en tres grandes partes, el libro trata de abarcar desde el origen del Homo Sapiens hasta su posible desaparición, describiendo tres grandes revoluciones: la revolución agrícola que sometió a la mayoría de los animales a esclavos, la revolución científica que generó a su vez el humanismo y la revolución tecnológica en la que el ser humano se verá superado por seres tecnológicamente superiores.

En la primera parte, un tanto repetitiva para los que conozcan el libro anterior, se expone una visión evolucionista del ser humano junto con una gran confianza en el progreso liberal. Al inicio, Harari nos hace considerar que los grandes males que han amenazado a la humanidad durante milenios –el hambre, las epidemias, las guerras y la muerte– están desapareciendo. Por primera vez, afirma, mueren más personas hoy por comer de más que de menos; más personas a causa de la vejez que a causa de enfermedades infecciosas; y son más las personas que se suicidan que las asesinadas por soldados, terroristas o criminales. Frente a estos problemas, opina el autor, en el tercer milenio nos enfrentamos a desafíos diferentes, como por ejemplo cómo lograr la inmortalidad, la felicidad o la mejora de las capacidades físicas y cognitivas de los humanos. Este último objetivo, al que el autor da una importancia singular, le hace pensar que lo que verdaderamente anhelamos es conseguir una «divinidad». Así, más allá del punto de vista del transhumanismo, que ve como objetivo esencial la mejora del ser humano hasta el punto de alcanzar un nuevo salto evolutivo a través

de la tecnología, Harari, gracias a su bagaje judío, explica que no sólo se pretende dejar atrás al Homo Sapiens, sino realizar un nuevo intento de «ser como dioses». A este punto fundamental responde el título del libro, *Homo Deus*.

La segunda parte del libro retoma el recorrido histórico describiendo esta vez cómo las principales ideas del proyecto moderno y del humanismo han configurado la sociedad hasta nuestros días. Esta tradición nos ha hecho creer que el ser humano es un «yo» con conciencia, sentimientos, subjetividad y libertad, distinto del resto de seres. Sin embargo, la ciencia actual parece desterrar esas ideas y defender que lo único que nos distingue de los animales no son los sentimientos, sino nuestra capacidad narrativa, nuestra capacidad de inventar ficciones. Y ¿por qué resultan tan esenciales las ficciones? Porque éstas, ya sean bajo la forma de mito, religión o ideología, sirven para cohesionar a los individuos, generar sociedades y moverlas en pos de una idea, cosa que los animales no pueden hacer. El lector esperaba del autor alguna distinción, aunque fuera de clase entre las diferentes ficciones, pero sin embargo, lo único que encontramos es que en la mayoría de los casos se identifica «ficción» con «religión». En este sentido, «religión» sería cualquier conjunto de normas garantizadas por una autoridad superior (ya sea una divinidad o leyes que escapen al cambio humano) que sirvieran al ser humano para saber cómo debe actuar. Mediante esta definición amplia todo puede ser susceptible de convertirse en «religión», de modo que nos ofrece toda una relectura de la humanidad según diferentes «religiones» (paganismo griego, monoteísmo cristiano, humanismo o comunismo) mostrando cómo éstas han aunado y dominado a las sociedades mediante sus ficciones y sus promesas de eternidad.

Sin embargo, el autor destaca que hoy en día la ciencia parece estar socavando los principios humanistas. Especialmente la neurociencia parece poner en duda que exista algo así como un «yo», una subjetividad personal unívoca que decida libremente teniendo en cuenta unos sentimientos propios. Se ha convertido ya en lugar común esta falsa asimilación de la mente al cerebro, que destierre tanto el concepto de alma como de conciencia. Queda entonces solamente un plano material, en el que el ser humano no es más que biología, y todos sus componentes biológicos y psíquicos pueden ser reducidos y procesados como algoritmos. En este sentido, no hay diferencia cualitativa entre animales, humanos y máquinas. La única diferencia es cuantitativa, y estriba en que los humanos generamos datos algorítmicos más rápidos y complejos. Pero, puesto que pronto las máquinas serán capaces de generar mayor cantidad de datos, nos veremos superados por ellas del mismo modo que nosotros nos sentimos superiores a los

animales. Como es bastante habitual en el libro, el autor utiliza unos datos más o menos científicos para deducir unas grandes consideraciones que no se siguen necesariamente de los datos enunciados. En este caso, en concreto, la falacia argumentativa es exagerada ya que del «hecho» de que el ser humano no se distinga en nada del resto de seres parece seguirse el necesario rechazo de que sea el centro de la historia o de un plan cósmico de un Dios creador.

En línea con esto último, en la última parte del libro, más centrada en aventurar el futuro, expone que la idea cada vez más generalizada de que el libre albedrío puede reemplazarse por explicaciones algorítmicas precisas puede transformar no sólo la visión sobre nosotros mismos sino toda nuestra base social y política. Si no somos más que algoritmos, procedimientos de datos almacenados sujetos a leyes matemáticas al igual que los algoritmos informáticos, las máquinas no sólo alcanzarán a conocernos a la perfección sino que podrán decidir mejor que nosotros mismos. Puesto que las máquinas tendrán almacenados todos nuestros datos genéticos, nuestros gustos, nuestra actividad, nuestros gastos y todas nuestras relaciones a lo largo de la vida, acudiríamos a ellas cada vez que queramos acertar en una decisión importante, ya sea con quien casarnos o a quién votar en las elecciones. Con esto, Harari no trata de realizar una defensa del «datismo» sino mostrar que el proceso de transformación impulsado por los datos ya ha comenzado.

El incremento de esta tendencia algorítmica es la que lleva a Harari a hablar de la aparición de nuevas tecnoreligiones, como el tecnohumanismo o el «datismo». Éstas prometen ya felicidad, paz, prosperidad e incluso inmortalidad a unos costes que sólo un pequeño porcentaje de la población podría asumir, transformando todo el panorama social. El autor señala críticamente que esta revolución, ya en marcha, supondrá millones de pérdidas de trabajo, fomentará la manipulación genética a gran escala y creará unas diferencias sociales nunca vistas. Como él mismo señala, la manipulación genética, así como otras técnicas científicas y médicas, se justifican por la posibilidad de curar enfermedades, pero una vez aceptadas, nada impedirá que se utilicen para «mejorar» a los sanos. Como si de un pasaje evangélico se tratara, la tecnoreligión del transhumanismo nos promete que curará a los enfermos, mejorarán las capacidades de los sanos, incrementará la vida de los ricos y se desarrollarán todo tipo de robots que nos harán la vida más cómoda y apacible. ¿Quién podría oponerse a un planteamiento semejante?

Cuanto más nos acercamos al final del libro, más claro puede verse que el autor no persigue justificar la línea transhumanista (cuestiona que sólo sea-

mos algoritmos bioquímicos) sino que más bien está narrando lo que ve desde una cierta distancia, y nos advierte que hay una corriente que está adquiriendo una ventaja imparable. No dice que haya que acabar con esa corriente, pero al menos centra nuestra atención en ella. No augura que se vaya a conseguir la inmortalidad, pero avisa de que en los próximos decenios las sociedades capitalistas van a invertir miles de millones en investigaciones de este tipo. Y puesto que parece que lo que más importa en este tipo de sociedades es la eficacia y la eficiencia al menor coste, tanto las empresas como los Estados se verán impulsados a sustituir a los humanos tanto por máquinas como por humanos «mejorados». En este punto, el autor critica la falta de reacción política y la falta de previsión en estos asuntos que avanzan cada día con mayor rapidez y, en algunos casos, suponen una amenaza en todos los ámbitos: social, laboral, de justicia, de defensa, etc.

Fukuyama acuñó el concepto del «fin de la historia» porque consideraba que nada nuevo podría venir después de la implantación de las sociedades democráticas liberales. Por su parte, Harari da por acabada una etapa de la historia de la humanidad. Sin hacer demasiadas profecías, nos advierte que comienza otra sumamente emocionante de la que poco puede decirse. En 1800 era fácil imaginar cómo sería el mundo en 1900: podía haber guerras, cambios políticos y hambrunas, pero los seres humanos seguirían teniendo un papel principal en la historia. Sin embargo, hoy todo se mueve tan rápido que es imposible imaginar cómo será el mundo en 2100. Puede que la historia de la «escatología tecnológica» que nos presenta el autor israelí no sea tan funesta, pero cualquiera que conozca la historia de Ícaro o Prometeo sabe que este tipo de intentos no suele acabar bien.

En definitiva, *Homo Deus* es una seductora historia que trata de dar cuenta del pasado, presente y futuro. Sin embargo, pese al intento narrativo omníabarcante, el libro adolece de una visión verdaderamente global, ya que su perspectiva es exclusivamente occidental; pese a las numerosas notas con las que cuenta el libro se echa en falta que aluda a verdaderos estudios científicos de peso y no a tantas noticias periodísticas, del mismo modo que pese a las continuas alusiones religiosas se deja ver que tiene una visión muy superficial del hecho religioso y un gran desconocimiento de la religión cristiana en particular. Su estilo ameno y su aparente aspecto científico atraerá a muchos lectores. Es necesaria una documentada visión crítica para ir advirtiendo las generalizaciones y los espejismos que esconden afirmaciones poco matizadas o que dan por supuesto un progreso indefinido sin sombra de las confusas pa-

siones que afectan a los hombres y que de manera tan radical han marcado la historia. Al mismo tiempo, *Homo Deus* es un magnífico libro para conocer los planteamientos actuales del pensamiento transhumanista y ofrecer explicaciones y alternativas reales. Se le pueden poner objeciones al pensamiento que nos rodea, pero para ello necesitamos conocer a fondo sus planteamientos. El futuro no está escrito, pero la libertad humana todavía tiene mucho que decir.

Raquel CASCALES

---

**Bryan MAGEE**, *Ultimate Questions*, Princeton: Princeton University Press, 2016, 132 pp., 13 x 20, ISBN 978-06-911-7065-7.

La civilización occidental –que a partir de la Revolución francesa está percibiendo grandes y rápidos cambios culturales, sociales y políticos– ha desechado la preocupación por su pervivencia después de la muerte biológica. El ciudadano europeo ya no siente mucho interés por buscar soluciones a los problemas metafísicos como la muerte, el alma o la existencia de Dios, etc. El horizonte cognoscitivo del hombre se ha reducido a lo terrenal que parece ser el único espacio donde el hombre puede realizarse en cuanto hombre y alcanzar una cierta plenitud. No de modo diferente piensa Magee que constata: «within the empirical world all time will be taken away from us, and with it everything we have and are in this world» (p. 7).

Además, el hombre contemporáneo mantiene muchas relaciones interpersonales a través de la tecnología, pero paradójicamente experimenta «una soledad existencial»; vive dentro de una burbuja ilusoria que no le permite salir hacia un encuentro verdadero y profundo con el prójimo. Bryan Magee con ochenta y siete años, es un autor inglés –«agnóstico y activo»– que pretende formular y responder las preguntas que cada ser humano debería plantearse antes de pasar por la puerta de la vida. Y aunque en su nuevo libro no renuncia al materialismo ni al pragmatismo, deja un pequeño espacio a la posibilidad de la Trascendencia.

Bryan Magee es, además de filósofo, poeta, político y divulgador de la filosofía en diversos medios de comunicación. Es autor de varias publicaciones traducidas a más de veinte idiomas; algunas de ellas también al castellano. En su pensamiento podemos encontrar elementos socráticos (el hilo conductor de